

PUEBLO NUEVO"



FRIGORIFICO SWIFT

CAMPO DE GOLF

"Bº TALLERES"

"INT. ANDREU"

"LA VIGIL"

"VILLA DIEGO CENTRO"

"21 DE SETIEMBRE"

EST FAB OLIVERANDIS

TOLEDO
DAWSON
C. ITALIA
AV. ARGENTINA
SANTA FE
LAVALLE
DE
EGO
VILLA DIEGO
F.C.N.G.B.M.
AV. DE OCHO
P. N. N.º 1
P. N. N.º 2
P. N. N.º 3
P. N. N.º 4
P. N. N.º 5
P. N. N.º 6
P. N. N.º 7
P. N. N.º 8
P. N. N.º 9
P. N. N.º 10
P. N. N.º 11
P. N. N.º 12
P. N. N.º 13
P. N. N.º 14
P. N. N.º 15
P. N. N.º 16
P. N. N.º 17
P. N. N.º 18
P. N. N.º 19
P. N. N.º 20
P. N. N.º 21
P. N. N.º 22
P. N. N.º 23
P. N. N.º 24
P. N. N.º 25
P. N. N.º 26
P. N. N.º 27
P. N. N.º 28
P. N. N.º 29
P. N. N.º 30
P. N. N.º 31
P. N. N.º 32
P. N. N.º 33
P. N. N.º 34
P. N. N.º 35
P. N. N.º 36
P. N. N.º 37
P. N. N.º 38
P. N. N.º 39
P. N. N.º 40
P. N. N.º 41
P. N. N.º 42
P. N. N.º 43
P. N. N.º 44
P. N. N.º 45
P. N. N.º 46
P. N. N.º 47
P. N. N.º 48
P. N. N.º 49
P. N. N.º 50
P. N. N.º 51
P. N. N.º 52
P. N. N.º 53
P. N. N.º 54
P. N. N.º 55
P. N. N.º 56
P. N. N.º 57
P. N. N.º 58
P. N. N.º 59
P. N. N.º 60
P. N. N.º 61
P. N. N.º 62
P. N. N.º 63
P. N. N.º 64
P. N. N.º 65
P. N. N.º 66
P. N. N.º 67
P. N. N.º 68
P. N. N.º 69
P. N. N.º 70
P. N. N.º 71
P. N. N.º 72
P. N. N.º 73
P. N. N.º 74
P. N. N.º 75
P. N. N.º 76
P. N. N.º 77
P. N. N.º 78
P. N. N.º 79
P. N. N.º 80
P. N. N.º 81
P. N. N.º 82
P. N. N.º 83
P. N. N.º 84
P. N. N.º 85
P. N. N.º 86
P. N. N.º 87
P. N. N.º 88
P. N. N.º 89
P. N. N.º 90
P. N. N.º 91
P. N. N.º 92
P. N. N.º 93
P. N. N.º 94
P. N. N.º 95
P. N. N.º 96
P. N. N.º 97
P. N. N.º 98
P. N. N.º 99
P. N. N.º 100
MONTENEGRO
VILLA DIEGO

TALLERES

COOPERATIVA DE LUZ

ESTRADA

ESTAD. COCHABAMBA

ESTAD. GUERENO

ALVARO

trópico de villa diego

Castells, Mario
Trópico de Villa Diego. - 1a ed. - Rosario : Editorial Municipal de Rosario, 2014.
84 p. ; 16x11 cm.

ISBN 978-987-1912-31-5

1. Narrativa Argentina. I. Título
CDD A863



Municipalidad de Rosario
Secretaría de Cultura y Educación

Año 2014

:e(m)r;

Editorial Municipal de Rosario

Diagramación: Lis Mondaini

Fotos: Mario Castells, familias Aguirre, Marco, Riveros
y folleto "Barrio Pueblo Nuevo. Reseña Histórica"

© Editorial Municipal de Rosario
Planetario "Luis C. Carballo", Parque Urquiza.
S2000BMF Rosario, Santa Fe, Argentina
emr@rosario.gov.ar / www.rosariocultura.gob.ar/emr

© Mario Castells
Queda hecho el depósito
que marca la ley 11.723

Tirada de 500 ejemplares.
Interior: bookcel 80 grs.
Tapa: cartulina 200 grs.

ISBN 978-987-1912-31-5

CUIT 30-99900315-6
Impreso en Argentina

trópico de villa diego

mario castells

*A la memoria del Negro Zárate, dirigente
clasista de los trabajadores del Swift.*

INTRO SUICERA

*La historia de la humanidad no es sino la epopeya única
de la conquista de la vida y la emancipación del trabajo.*

Rafael Barrett

En Villa Gobernador Gálvez, al sur de Rosario, existe un rincón olvidado al que nombran Pueblo Nuevo y otro contiguo, su rescoldo, el Bajo Paraná. Su perímetro se configura costeando la franja del río que empieza en la media luna del Swift y el viejo campo de golf en donde ahora está la nueva planta frigorífica, la playa de los pescadores, la arenera y arriba la canchita de Villa Mercedes, las mandarinas, el pozo de agua y el cañaveral; volviendo a la ribera está la laguna, ese ojo de río, donde algunos decían sacar anguilas con el “dedo conchero” y el rancherío conocido como el Bajo Paraná; en la barranca, detrás de la cancha, el campo de don Paulino que cortaba la cuadrícula urbanizada, las toronjas que rodeaban su propiedad; y desde Córdoba hasta San Diego, el

otro Bajo que termina en el lote del frigorífico Paladini y el viejo predio de la Vigil. Y volviendo en pinza, el bulevar San Diego, desde los mataderos hasta los talleres del ferrocarril, la avenida 1° de Mayo, las vías, sus tapias, los eucaliptos, la Circunvalación, el Campo del Once, la Isleta, Pueblo Nuevo y el Caño-nazo, las riberas del Saladillo en su desembocadura en el Paraná.

“El culo de Rosario” le dicen algunos. Y puede ser, si se aceptan otras acepciones más benévolas de culo y no solamente la referencia escatológica. Claro que el aroma que emana del frigorífico Swift ha sido la característica más notoria desde 1925 a esta parte. Pero no es la única. Lejos de lo que el arquitecto Richard Ingersoll definió con la expresión “campo lacónico” refiriéndose a “la ciudad difusa, repleta de áreas deshilachadas, irregularmente urbanizadas, sin acontecimientos espaciales, privada de comunicación arquitectónica”, esta zona aglutina (y no solo en su configuración arquitectónica) una diversidad de afluentes históricos y mareas humanas.

Todo empezó cuando el Swift compró de la Saladillo S. A. los terrenos aledaños a la planta fabril. Los del arroyo Saladillo al sur fueron vendidos a los obreros y así nació Pueblo Nuevo. Este caserío está ubicado entre el arroyo y el ferrocarril, frente a un campo de golf que la empresa mandó construir para recreación de su personal jerárquico, surgió allá por 1925 o 1926. El loteo de los terrenos se efectivizó entre 1927 y 1929 y se afincaron de movida unos dos mil proles de la industria frigorífica.

La jornada laboral de los primeros suiceros se extendía hasta 16 horas; no existía descanso dominical ni feriados, mucho menos vacaciones, jubilación o aguinaldo. No había ninguna ley que protegiera al trabajador. Cumplían con sus tareas sin ningún tipo de seguridad ni equipos apropiados y tampoco se respetaban las elementales normas de higiene. Las mujeres se cubrían las piernas con el mondongo de las vacas para protegerse del frío de las cámaras.

No fue casual que el arrabal despertara la inquietud moral de la prensa, fundamentalmente por la

proliferación de piringundines y crímenes derivados del negocio de la trata. No hay que olvidar que mucha de la mano de obra eran hombres solitarios venidos de Europa del este. Se trataba de personas sitiadas y corridas por guerras y revoluciones, por hambrunas y disputas nacionales que reformulaban el mapa político de Europa. Ese era el trasfondo de las historias nocturnas en las casas de tolerancia.

Cuando en 1946 Perón llegó a la presidencia de la Nación y promulgó las leyes que significaron un avance cualitativo en el nivel de vida de los trabajadores, conjuntamente les uncía el yugo de la dependencia a un programa político que era una estafa para sus intereses. Culturalmente, la preeminencia del nacionalismo en contraposición a la orientación internacionalista de las antiguas organizaciones obreras fue rotunda. También lo fue la apelación al Estado como mediador en los momentos de conflicto con la patronal. Una falsa historia, alentada por el peronismo, cuenta que un 6 de mayo de 1944, después de arduas reuniones, todas en la clandestinidad, un grupo de



obreros, la gran mayoría pertenecientes a la picada de novillos, forjó el primer Sindicato de la Industria de la Carne en Rosario. La operación trata de quitarle el “trapo rojo” a la historia. El Sindicato de la Carne no nació en el salón de la esquina de Av. Diana y Pasaje Azul (hoy Lituania y Pasaje Saldías), sino en las mismas calles donde los laburantes lucharon por sus reivindicaciones.

Con el golpe de 1955 arreciaron las persecuciones y despidos. Como en Villa Manuelita, nadie en

Villa Diego reconocía a la Libertadora. En el año 64 —y por tres meses— los trabajadores de la carne estuvieron en huelga; el motivo fue la negativa del Swift a entregar botines de seguridad a sus empleados y esa nimiedad enlazó su bronca a otros motivos como una locomotora a su tándem. La patronal, asistida por una burocracia sindical liderada entonces por el secretario general del Sindicato de la Carne Jacinto Cervali, pudo derrotar el empeño y la unidad de los trabajadores, a quienes se les impuso el famoso pliego de 17 puntos. Esta derrota aceleró el fin de Cervali al frente del Sindicato y marcó el comienzo de la hegemonía del cabrerismo.

Como Barrera, el personaje de *Los Traidores* de Raimundo Gleyzer, Gerardo Cabrera inició en 1965 su “carrera sindical” como delegado de sección en el Swift, siendo militante del ala combativa del peronismo. Tan descompuesto estaba el liderazgo de Cervali, el anterior burócrata, que “el Lalo” se hizo fácilmente con la conducción, no por elecciones sino por el arbitrario uso de la fuerza, arrebatándosela a Cervali y

neutralizando a la izquierda que organizaba una lista de prestigio, la Marrón. Ya dirigiendo el sindicato y sin oposición, pues solo se presentó su lista, la Negra y Blanca, Cabrera regularizó su conducción a través de los comicios. Durante su etapa de Secretario General se sucedieron huelgas a las que persiguió con saña. Este refortalecimiento de las agrupaciones clasistas dio como resultado una memorable lista cuyo poético nombre todavía genera simpatía: La Chaira. En este agrupamiento que aglutinaba a marxistas de distintas tendencias, militaron heroicos obreros anónimos e idiotas encumbrados como Gorriarán Merlo.

El relato oficial dice que Cabrera estuvo diez años al frente del gremio, siendo un fiel luchador por la causa de los trabajadores... y nada es más falso. Siendo diputado y un claro referente del PJ, entregó listas negras a la patronal del Swift para que decenas de activistas perdieran sus puestos de trabajo. Los viejos recuerdan el principio de todo, la tiroteada que les dieron los cabreristas a los activistas de La Chaira. Esta práctica, alentada desde el poder político, fue

una constante. Como el mal aliento de las chimeneas de carne, el método gangsteril de la patota sindical se afianzó con el asesinato del dirigente peronista Constantino Razzetti, a quien Cabrera mandó a matar por orden de Luis Rubeo. Pero mucho más doloroso fue, sin embargo, la represión estatal contra los militantes de la Lista Gris, liderada por el PRT, que desde mediados de los setenta dirigía cotidianamente las distintas secciones del Swift luego de protagonizar su golpe más certero secuestrando a Stanley Sylvester, gerente del frigorífico, en mayo de 1971.

Fue tanta la mala estrella de la Lista Gris que ganó el sindicato en marzo de 1976 y a los pocos días el golpe militar le restituyó el poder al cabrerismo, apresando y desapareciendo a varios de sus dirigentes y expulsando a muchos de sus simpatizantes. Y es que Cabrera no solo tenía relaciones de amistad con los empresarios sino también con la inteligencia del Ejército desde mucho antes; era íntimo de Trimarco, uno de los milicos que organizaron y ejercieron la represión y el terrorismo de Estado en Entre Ríos.

En su homenaje, una parte del brazo parquizado del Saladillo lleva hoy su nombre, cuando más bien deberían habérselo puesto a un basural.

El 12 de abril de 1962 Villa Gobernador Gálvez había sido declarada ciudad, unificando en una misma jurisdicción lo que has-

ta entonces eran tres localidades: Villa Gobernador Gálvez, Villa Diego y Pueblo Nuevo. Por esa época, ya contaba con 44 fábricas y empezaban a caer los nuevos migrantes. Una marea humana compuesta en su mayoría de correntinos, pero también de entrerrianos, chaqueños, formoseños y paraguayos, ganaba estas playas. Mi amigo el Gallego, chicanando a sus vecinos, me apunta que el Paraná



en la creciente del año 66 trajo más correntinos que camalotes. Los paraguayos no eran tantos como los correntinos, pero se juntaban y armaban torneos de fútbol o de vollibol (una especie de volley playero con normativa guaraní) en los mismos lugares, lo que los hacía visibles. Los barrios de Rosario más poblados de paraguayos eran La Lata, que supo tener entre ellos la designación de Añareta'i (Infiernito); Villa Magnano, cerca del puente Molino Blanco, la enorme Villa 18 que iba desde el Bajo Ayolas hasta el Bajo Saladillo y, por supuesto, el barrio Saladillo, tanto del lado del Mangrullo como del Puente Negro, donde abundaban las piezas y ranchadas de trabajadores.

“Antes en el Swift eran puros polacos... ¡Ah, cómo laboraban esos gringos! En esa época el frigorífico tenía su propio muelle y los barcos cargaban ahí. Los embarques duraban, ponele, una semana. Y cuando había embarque, los polacos se pasaban días enteros en las cámaras. Nadie sabe cómo hacían para aguantar el frío. Suponemos que chupaban a lo pa-

vote... No volvían a la casa. Vivían en la fábrica... Entonces era otra la clase obrera. Me acuerdo de un lituano, Pablo se llamaba... Parco el viejo... Comunista... Nunca le agarró un premio a la patronal... El tipo era un caso raro. ¡Cultísimo! Cuando supo que yo también era de izquierda y peleaba contra los burócratas del sindicato, me empezó a prestar sus libros... ¡Pero los otros! Eran hoscos y brutos y ponían el lomo como bestias. Si le preguntabas a un polaco: ¿Cuántos hijos tenés vos?, te respondían: ¡Pregúntele al capataz! Ellos no sabían, estaban todo el día adentro de las cámaras...

“A los correntinos, los pescadores los sacaban con el bichero... Me parece estarlos viendo en la playa buscando laburo... Los reconocías fácilmente, vestían esa ropa de trabajo color caqui, alpargatas y traían una “maleta”, esas bolsas de tela que se usaban para cosechar maíz. Pero bueno, una vez adentro y al cobrar su primer sueldo, el correntino te aparecía con un bolso grande Adidas de todos los colores con un sanguche de mortadela adentro. Como el sobrino de

Machado, mi compañero de sección. No tenía casa ni guita para el alquiler. El viejo le permitió hacerse una casillita en el fondo de su terreno y así pudo quedarse. Al poco tiempo entró a la fábrica. Pero con su primer sueldo, antes que descomprimir el peso de sus necesidades, el tipo se compró un par de botines de marca para jugar al fútbol. Ellos son fantasiosos. Los paraguayos son distintos, son solemnes. Lo primero que hacían con su paga era comprarse un traje, un revólver o ponerse dientes de oro. No se era paraguayo si no se tenía un diente de oro...

“Mi mayor admiración me la ganaban los dueños de alpargatas. Los correntinos practican esgrima con alpargata. Cualquier cosa, estiraban la mano buscando el talón. Como los gauchos, que amagaban sacar el facón y se tanteaban la cintura, ellos se sacaban las alpargatas y se enredaban en combates reñidos. Se tiraban un par de planazos con la cara interna y externa de la horma, luego un suelazo que el otro abarajaba con una cancha bárbara o esquivaba a puro reflejo como Nicolino Locche... Se avistaban,

decían. La rapidez era una marca de origen. Pegaban saltos larguísimos, explosivos. Se encajaban, siguiendo sus prácticas de budismo zen, un par de suelazos y volvían a saltar para atrás hacia su antigua posición. Yo me mataba de la risa... Y así, de verlos retozar o mandarse suela, gané como axioma de precaución el no pelear jamás con un tipo que me desafiara con su alpargata...”

Hacia 1986, una publicación oficial del Senado de la Provincia profetizaba que “a esta pujante ciudad, estrechamente vinculada al ámbito rosarino, hasta el punto de considerarse como un suburbio, le espera, indudablemente, un inmejorable futuro”. Al contrario del burdo profetismo progresista, las políticas económicas llevadas adelante allanaron el terreno para la profundización de la dinámica de concentración de capitales y reestructuración productiva que se consolidaron en los noventa produciendo una estrepitosa caída salarial, el aumento de la desocupación y el empeoramiento de las condiciones de trabajo.